

La Ilustración Nacional

Administración: Almirante, 2, quintap.º

MADRID
10 de Noviembre de 1886.

Año VII.—Núm. 31.

BELLAS ARTES



VENDEDORA DE FLORES EN POMPEYA

SUMARIO

GRABADOS: Vendedora de flores en Pompeya.—Bellas Artes: La muerte del torero.—Excmo. señor Mariscal de Campo D. Miguel de Goicoechea y Jurado.—Una tarde de otoño.—Ilmo. Sr. D. Benigno Quiroga y Lopez Ballesteros, Director general de Agricultura, Industria y Comercio.—Castillo de Torrelobaton.—Costumbres rusas: el trineo.

TEXTO: Crónica, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—Vendedora de flores en Pompeya (copia del cuadro de Mlle. Heva Coomans).—La muerte del torero.—D. Miguel Goicoechea y Jurado, Mariscal de Campo.—Una tarde de otoño.—Torrelobaton (histórico castillo de los Comunes).—El trineo en Rusia.—El Teniente General de la Armada D. José Ferrnandez de Córdova, y el Capitan General de la Armada D. Luis Fernandez de Córdova (conclusion).—Ilmo. Sr. D. Benigno Quiroga y Lopez Ballesteros, Director general de Agricultura, Industria y Comercio.—Nemi, novela arreglada del francés por D. A. Ordax (continuación).—La mosca en la oreja: novela corta y lio grande (continuación), por D. J. Conde de Salazar.—Semblanza: la esterilidad para el bien (soneto), por D. J. Guillen Buzarán.—El Drama moderno (impresiones), por D. Conrado Solsona (conclusion).—Sin rodeos (poesía) por D. Carlos Cano.—Memorias de una lámpara de petróleo, por D. L. Navarro-Reza.—Rimas, por D. José Díaz Marías.—Bibliografía.—Anuncios.—Sobrecubierta, por don Eduardo de Palacio.—Charadas.—Solucion á las anteriores.

CRONICA

Poca ó ninguna novedad en los acontecimientos de la última década.

Disidencias que se inician y no se marcan, partidos que se anuncian y no se forman, pro-hombres que se aproximan y no se tocan; hasta el frío está como la esfera de cierto reloj, que apunta y no da: tal es el resumen de lo observado en estos últimos días.

Las disidencias están seria y formalmente desmentidas por los mismos á quienes se suponía autores de ellas; la historia del tercer partido es la historia de San Ramon Nonnato; la *serenata* que Romero Robledo ha dado en el jardin de Lopez Dominguez, no ha sido cantada por Fausto, sino por algun Mefistófeles bromista; y en cuanto al General, ha olvidado completamente su devaneo conservador al influjo de una mirada de los azules ojos de Cervera.

El cielo madrileño, espejo fiel de la tierra que protege, tiene cataratas, tiene el ojo claro, llovizna, saca el sol á pasear, sopla frío, sopla tibio y no tiene dos días seguidos la misma cara.

De todo lo cual se desprende una falta absoluta de seriedad en todo y en todos, desde los elementos políticos hasta los elementos á secas, lluvia inclusive.

Y despejadas todas estas incógnitas, quedamos frente á frente de las reformas militares.

No se trata ahora de cazadoras, guerreras, gorras ni cosas de este jaez, sino de cosas de más consideracion y trascendencia.

La medida de que han sido objeto los sargentos primeros ha levantado la polvareda con que siempre son acogidas las reformas de cualquier clase que sean.

Los unos:

- ¡Muy buena ideal
- ¡Y muy bien llevada á cabol
- No, á sargento.
- Eso es; quiero decir que...

—Ya, ya comprendo. ¡Oh! Y la medida era todo punto necesaria y urgente. ¡La que se preparaba era cosa de mucho ruido!

—¡Zambombal

Los otros:

—¿Ha visto usted? Pues esto es grave.

—¿Sí, eh?

—Y traerá consecuencias.

—¿Cree usted?

—¡Y muy funestas!

—Vaya, hombre; no sea usted aprensivo.

—¿Cómo aprensivo! ¡Y los sargentos!

—¡Ah! Creí que hablaba usted de su salud.

Como está usted ronco... Pues sí; esto... esto es muy grave, sobre todo para los sargentos.

Ahora bien, el lector puede estar completamente seguro de que á estas horas no pasan de una docena los españoles que saben á qué atenerse en la traida y llevada cuestion de los sargentos, y esos doce españoles aguardan á que estén abiertas las Córtes para decir lo que saben.

Por otra parte, las reformas militares están aún en su principio; faltan indudablemente las más importantes, á juzgar por lo que se habla de Montepío militar y otras por el estilo, y el ejército está en todo caso de enhorabuena, puesto que se pone mano en su reorganizacion, se persiguen á este propósito buenos fines y se adoptarán de primera ó de segunda intencion los más adecuados procedimientos.

¿Querrán ustedes creer que la cuestion búlgara está en el mismo estado?

Si el czar de todas las Rusias pusiese en uno de nuestros teatros esa tragi-comedia en que él hace de galán, la Bulgaria de dama, Kulbars de tutor tiránico y la Inglaterra de amante tonto, no habría patatas bastantes para arrojárselas á la escena.

¡Qué pobreza en el argumento! ¡Qué languidez en la accion! ¡Qué carencia completa de sorpresas!

Que Rusia se traga al fin y á la postre á Bulgaria...

Ni eso tiene novedad, ni diplomacia siquiera.

Lo sorprendente y lo dramático, al cabo de tanto tiempo, sería que los búlgaros se tragasen á Rusia.

Hay quien sueña todas las noches que en Bulgaria se inventa un cañon maravilloso, que el ejército ruso queda desbaratado en un dos por tres, que los búlgaros entran victoriosos en San Petersburgo. que Turquía respira, se ensancha y nos invade, y que media docena de Lindarajas vienen á tirarle de las patillas para que despierte.

Todo lo que encuentra al despertar es un nuevo candidato al trono de Bulgaria: despues del príncipe de Oldenburgo, Valdemar; despues de Valdemar, Couza de Rumania.

Afortunadamente, hay una abundancia de príncipes dispuestos, que da gozo.

Entre tanto á la Inglaterra antigua, la clásica, la que vende géneros de punto, la que todo lo exprime, la que apoya sus zancas en Gibraltar, en Malta, en Chipre y en Egipto

para pasar á la India, le ha alterado la sangre un cambio de humores.

Los birmanos expresan su mal humor pasando á cuchillo á un comisario inglés y á los veinte hombres de su escolta.

Los trabajadores de Lóndres, víctimas de la más espantosa miseria, tampoco están para tocar las castañuelas.

Y Gladstone dispara una carta en que habla de los asuntos de Irlanda, que no ha hecho á los conservadores maldita la gracia.

En una palabra: John Bull está lleno de achaques.

Parece próximo el día en que sea una verdad en España el régimen penitenciario.

Entre las varias penitenciarías que, segun se dice, quedarán construidas en quince años, habrá un manicomio para que extingan su condena los sentenciados locos, y para observacion de los que se suponga que lo están.

Verán ustedes cómo despues de construido el manicomio-cárcel, aumenta prodigiosamente el número de criminales locos.

Es decir: el número en rigor será el mismo; pero los tribunales enviarán al manicomio gentes que hasta ahora sufrían otro destino.

Los Sres. Quiroga y Cervera han realizado un viaje por el Sahara y dado cuenta de sus observaciones ante la Sociedad Geográfica que preside el Sr. Coello.

La composicion del suelo en los 425 kilometros recorridos, sus rios, su temperatura, las corrientes atmosféricas, los pozos, las tribus que habitan el país, cuanto puede tener interés para el hombre de ciencia y para el colonizador, se encuentra entre los datos que en su viaje han recogido los estudiosos investigadores.

No decimos el colonizador español, porque no nos llama Dios por ese camino, como se dice vulgarmente.

Contentémonos con que las noticias geográficas adquiridas por nosotros sean de provecho para otros pueblos.

Verdad es que esos pueblos tienen distinta manera de colonizar que nosotros.

La nuestra—podemos decirlo con orgullo—ha consistido siempre en extender por todas partes el imperio de la Cruz.

Sólo que... cuando llegábamos á poner la cruz sobre el pecho de un indígena, ya le habíamos metido la *hoja* dentro del cuerpo.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

VENDEDORA DE FLORES EN POMPEYA

(Copia del cuadro de Mlle. Heva Coomans).

Admirable es la factura del hermoso cuadro que reproduce nuestro grabado de la pág. 481.

La original artista Heva Coomans ha sabido poner con esta obra el sello á su envidiable reputacion. No hay en él más que una sola figura, sin atributos ni accesorios casi, y sin embargo ¡oh poder del genio! á su vista se siente el espectador como transportado á los tiempos y parajes á que la artista se refiere. A modo de misteriosa evocacion, ese so-

berbic
ta pic
ra, co
ron se
destru
Vesub

Muc
guran
vas, q
En l
atenci
pregun
presen
pero n
decir q
de la
realida
frecue
escribi
bre; p
Si es
origen
han pr
costum

Par
Oficial
tados e
hacer u
que re
el año
genier
obtuvo
La c
niente
abando
cito ex
tes con
tó rele
nes, á
pensa
sion de
de San

A la
plaza d
drid, p
de cuy
servici
neros.

En e
bulenc
quilar
esa sér
simas
para m
tria, el
negaci
franqu
surdas
chea tu

primer
calles
nuestr
trias; y
que le
rando s
mostra

Al a
el Maes
ña y A
des qu
La g
increm
señor C
coionia

coionia

berbio tipo de mujer romana ha brotado de la paleta pictórica con tal verdad, que confunde y admira, convenciendo de que así, de esa manera, debieron ser los que moraron en la desventurada ciudad, destruida en un momento por la lava hirviente del Vesubio.

LA MUERTE DEL TORERO

Muchos de nuestros favorecedores conocerán seguramente la hermosa estatua de D. Rosendo Novas, que reproduce el grabado de la pág. 484.

En la Exposición de Bellas Artes de 1874, llamó la atención del público esta obra. Muchos pudieron preguntarse entonces si tan soberbio trabajo era representación material de un ensueño de artista; pero no: la respuesta llegaba inmediatamente para decir que, por desgracia, era exacta representación de la realidad, aunque menos repugnante que la realidad misma: era fiel traslado de un episodio frecuente en las corridas de toros, y su autor pudo escribir debajo del lema, *Siglo XIX*, cualquier nombre; por ejemplo, Pepe-Hillo, Oliva, Pepete ó Canet.

Si es verdad que las corridas de toros tienen su origen en los tiempos heroicos de Roma, ¿cuánto han progresado en el espacio de veinte siglos las costumbres españolas!

DON MIGUEL GOICOECHEA Y JURADO

Mariscal de Campo.

Para bosquejar la biografía de este distinguido Oficial General, señalando todos los servicios prestados en su dilatada carrera militar, sería preciso hacer una reseña de los hechos más culminantes que registra nuestra historia contemporánea, desde el año 1854, en que ingresó en la Academia de Ingenieros, á cuyo cuerpo ha pertenecido, hasta que obtuvo el empleo de coronel.

La campaña de África sorprendió al entonces teniente Goicoechea cuando sólo hacía un año que abandonara sus estudios, siendo destinado al ejército expedicionario que inició los primeros combates contra las huestes marroquíes, y en el cual prestó relevantes servicios, asistiendo, entre otras acciones, á las batallas de Tetuan y Vad-Ras. En recompensa de su heroico comportamiento y la contusión de bala que sufrió, fué condecorado con la cruz de San Fernando.

A la conclusión de la guerra y evacuación de la plaza de Tetuan permaneció corto tiempo en Madrid, por haber tenido lugar la expedición á Méjico, de cuyo ejército formó parte, prestando valiosos servicios en su difícil misión como oficial de ingenieros.

En el año 1868 empieza ese largo periodo de turbulencias y guerras civiles que amenazaban aniquilar á esta desventurada nación, produciéndose esa serie de crisis espantosas y situaciones difícilísimas que todos hemos conocido, y que exigían, para mantener incólume el prestigio de nuestra patria, el concurso de las personas sensatas y la abnegación del ejército, á fin de oponer un dique infranqueable á la propaganda de las ideas más absurdas y demoleadoras. Entonces el capitán Goicoechea tuvo la suerte de encontrarse en Cádiz en la primera sublevación que sembró de cadáveres las calles de la heroica ciudad gaditana, baluarte de nuestra independencia y cuna de las libertades patrias; y sus servicios fueron de tanta importancia, que le valieron el grado de teniente coronel, ponderando sus jefes la serenidad imperturbable que demostrara durante los días de combate.

Al año siguiente fué destinado á operaciones en el Maestrazgo, marchando al poco tiempo á Cataluña y Aragón en persecución de las partidas rebeldes que asolaban aquellas deliciosas comarcas.

La guerra separatista en Cuba había tomado un incremento considerable á fines del año 1872, y el señor Goicoechea obtuvo el pase á aquella hermosa colonia española, para afrontar todos los riesgos y

penalidades de tan encarnizada lucha, y contribuir por su parte al sostenimiento de nuestro pabellón en apartadas comarcas que simbolizan el antiguo poderío de España.

Dos años sirvió en aquel ejército, siendo el Departamento Oriental el teatro principal de sus operaciones, asistiendo á numerosas acciones, que nos falta espacio para detallar, y mereciendo varias recompensas y los más entusiastas plácemes por sus servicios y brillante comportamiento.

De regreso á la Península, fué destinado al ejército del Centro, al cual perteneció hasta la terminación de la guerra carlista, consiguiendo luego su vuelta á Ultramar, de donde regresó al poco tiempo quebrantada su salud por aquel mortífero clima.

Ascendido á Brigadier por sus servicios en campaña, se le confirió, entre otros destinos, el cargo de director de las conferencias de oficiales de infantería en Lérida y la Coruña, reflejando sus grandes conocimientos en una obra sobre arte militar, que le valió merecidos elogios.

Nuestro malogrado monarca D. Alfonso XII se dignó nombrarle su ayudante, y en este honroso cargo tuvo ocasión de asistir con S. M. á las maniobras militares de los ejércitos de Alemania y Austria, sobre cuyas organizaciones respectivas tiene hechos trabajos muy concienzudos, en que se revelan sus vastos estudios y su carácter observador.

El Sr. Goicoechea, actualmente Mariscal de Campo y Comandante General de la plaza de Cartagena, está condecorado con la Gran Cruz de la Corona Real de Prusia, cruz de Gran Oficial de Leopoldo de Bélgica, Gran Cruz del Mérito Militar blanca, y con otras muchas condecoraciones obtenidas en su larga carrera.

UNA TARDE DE OTOÑO

Plomizas nubes se aglomeran en el espacio; el viento silba lúgubremente y arrebata de los árboles las secas y amarillentas hojas, dejando al descubierto las rugosas cortezas de sus encorvadas ramas; la campiña ha perdido las galas con que la enriqueció la primavera pródiga y abundante, y los sazonados frutos del estío; el ruiseñor huye del bosque, despidiéndose con sus melancólicos y dulces trinos.

Un camino solitario atraviesa el bosque; algunos pobres labradores marchan con paso apresurado en demanda del lejano hogar, y una pesada carreta conduce leña para la provisión del estéril y largo invierno.

Como señal de consuelo, vese en lontananza la tosca cruz de piedra que sirve de límite al campo vecino.

Tal es la bellísima composición del grabado de la página 488, debido al lápiz inteligente de Riudavets.

TORRELOBATON

histórico castillo de los Comuneros.

La antigua y noble villa de Torrelobaton, en la provincia de Valladolid, donde alza sus muros el castillo que reproduce el grabado de la pág. 489, perteneció antiguamente á la poderosa familia de los Laras, formó parte del dote que llevó á D. Enrique el *Fratricida* su esposa doña Juana Manuel, y pasó á ser propiedad, tiempos andando, del almirante de Castilla D. Fadrique Enriquez, el poderoso prócer que tan importante papel desempeñó durante los borrascosos reinados de D. Juan II y D. Enrique el *Impotente*.

De esta fortaleza se apoderó, é hizo largo tiempo asiento en ella, el infortunado Juan de Padilla, caudillo en jefe de los Comuneros, y de sus muros salió con su hueste la mañana del 23 de Abril de 1521 para la funesta jornada de Villalar.

EL TRINEO EN RUSIA

Es este un dibujo que representa una de las más conocidas costumbres del Norte de Rusia.

Elegante dama, envuelta en riquísimas pieles, sale de una mansion suntuosa y se dispone á subir al trineo de mano para dedicarse á sus compras y ordinarias visitas, mientras el lacayo que ha de empujar el vehículo sobre el endurecido hielo del piso, aguarda respetuosamente órdenes.

El Teniente General de la Armada

D. JOSÉ FERNANDEZ DE CÓRDOVA

Y el Capitan General de la Armada

D. LUIS FERNANDEZ DE CÓRDOVA

(Conclusion.)

Desesperado, pero no abatido, palpitante su viejo corazón de marino, vió trascurrir aquella noche, esperando con ansia la claridad del alba para conocer el estado de los navios de la escuadra y modo de opinar de sus Generales y comandantes. A la pregunta por señal general de si estaban al romper el día en buena disposición para entrar en fuego, contestaron afirmativamente el *San Pablo*, *Don Pelayo*, *San Antonio* y *Oriente*; en sentido negativo la *Concepcion*, *Mejicano* y *Soberano*, y por aviso de la *Perla* supo que el *Santo Domingo* y el *Atlante* tampoco se hallaban en disposición de combatir; aquél por tener mojada la pólvora, éste por falta de gente. Mas como al entrar la mañana se descubriera al enemigo y ardióse Córdoba en deseos de vengar el revés y de rescatar la presa, insistió en preguntar á los subalternos si convenia ó no el ataque, contestando el *Príncipe*, *Conquistador* y *Pelayo*, que convenia; el *Mejicano*, *San Pablo*, *Soberano*, *Santo Domingo*, *Concepcion*, *San Ildefonso*, *San Juan Nepomuceno*, *Atlante*, *San Jenaro* y *Firme*, que debía evitarse; y el *Glorioso*, *San Francisco*, *Conde de Regla* y *San Fermín*, que era menester aplazarlo. Tales respuestas no podían dejarle duda de que el empeño de una nueva acción haríale responsable de sus resultados; pero así y todo, para no dar al enemigo tiempo de perseguir al *Trinidad*, que con escolta había mandado conducir á Cádiz, ni lugar de reconocer el estado de sus fuerzas, dispuso el rumbo del lado en que aquél se hallaba, obligando con esta demostración al inglés á acogerse al puerto de Lagos, en vez de seguir hasta Lisboa como fué su primera intención, y ordenando el reconocimiento de aquel puerto por la fragata *Brígida*, permaneció con la escuadra en facha á las inmediaciones por todo el tiempo que lo permitieron los vientos, demostrando así por segunda vez que ofrecía un combate al vicealmirante enemigo, y que éste se negó á admitirlo.

Redújose, pues, aquella función naval, de tan imprevistos resultados, á una lucha en que toda la escuadra inglesa reunida obtuvo la consecuente ventaja sobre una exigua parte de la nuestra, desamparada de su principal columna, fuerte de las tres cuartas partes del número total de navios; lucha en que los seis que entraron en fuego combatieron denodadamente, siendo tanto mayor el mérito de la resistencia, cuanto más desesperada habíase hecho aquella situación por efecto de los invencibles azares de la mar.

De regreso la escuadra en Cádiz, dispuso S. M. se constituyera un consejo de guerra, á cuyas resultados deberían quedar sujetos sus individuos todos, desde el General en jefe hasta los subalternos, á quienes pudiera caber alguna responsabilidad en los desgraciados accidentes de la batalla. Sabido es que gobernaba á la sazón en España don Manuel Godoy, el cual, por razones de interés personal que no he de juzgar aquí, pero sobre las cuales la Historia ha pronunciado ya su fallo inapelable, acababa de pactar con el Directorio de la República francesa aquel descabellado y funesto tratado de San Ildefonso, que debía ser para la patria fuente inagotable de humillaciones y desdichas. Necesí-



BELIAS ARTES.—LA MUERTE DEL TORERO



EXCMO. SR. MARISCAL DE CAMPO, D. MIGUEL DE GOICOECHEA Y JURADO

taba Godoy hacer méritos para con sus nuevos aliados los franceses, los cuales en sus gacetillas y discursos se deshacían en injurias y denuestos, achacando á la impericia de la Marina española el reciente triunfo del inglés (1); y así, con el empeño de darles satisfaccion y de estrechar más los lazos políticos que á Carlos IV ligaban con el Directorio, influyó Godoy, durante todo el curso del proceso, tanto en calidad de primer ministro como en la suya espeialísima de privado—cuando en Marzo de 1798 hubo de reemplazarle en los Consejos del Rey don Francisco de Saavedra—para que el Consejo pronunciara un fallo severísimo contra el jefe y los individuos de aquella escuadra.

Más de dos años duraron los procedimientos. El General Córdova, defendido por el Brigadier de la Armada D. Juan Ruiz de Apodaca, despues Capitan General y Virey de Méjico; el General Conde de Morales de los Rios, segundo de la escuadra, y muchos otros Comandantes y jefes principales, fueron condenados á privacion de empleo y extrañamiento de los Sitios Reales, por más que, con respecto á mi insigne abuelo, quedaran plenamente averiguados y probados en el proceso los extremos siguientes: 1.º, que se dieron oportunas órdenes á la voz y por señales por el Comandante General de la escuadra; 2.º, que unas fueron obedecidas y otras no; 3.º, que dió el ejemplo más decidido de val'or é intrepidez; 4.º, que los enemigos se retiraron del mar de batalla, y 5.º, que en los días siguientes al combate huyeron á la vista de nuestras fuerzas.

Esto no obstante, fue condenado, recibiendo en su persona y en la de los valientes que sufrieron igual suerte, un ultraje sangriento nuestra Marina, por influencia de un valido al que arrastraban aquellos intereses y aquella política francesa que tantos días de luto debía acarrear para la patria. El valiente Brigadier Churruga, aquel héroe que pocos años despues pereció gloriosamente en Trafalgar por los mismos humillantes desaciertos del valido, conoció el resultado del consejo de guerra hallándose en Brest, y, justamente indignado, escribía á Cádiz, con fecha 20 de Marzo de 1799, lo siguiente: «He visto el monstruoso resultado del consejo de guerra; no hay en él un renglon que no sea la quinta esencia de la injusticia y de la barbarie, y á los ojos de la posteridad será para la Marina española ménos desastroso el combate que ignominioso el juicio pronunciado sobre él. No me consolaré jamás de haber tenido parte en un proceso que ha tenido tan infame terminacion, ni podré dejar de llevar al sepulcro el pesar de haberme separado de él, pues si no me hubiera embarcado, tendría otras resultas muy diferentes, porque me sobraban medios y razones para abismar á los viles intrigantes que han brigado, y abrir los ojos á la turba de ciegos que han sentenciado la causa sin verla (2).»

Debo añadir que el General Córdova fué sentenciado por siete votos contra seis, y que uno de aquellos, á las veinticuatro horas de haberlo pronunciado, envió al ministerio de Marina su retractacion escrita. Por lo demás, fueron devueltos al General Córdova, años más tarde, así como á los demás condenados, sus empleos, honores y preeminencias; circunstancia que permitió á mi abuelo, en 1808, cargado de años y más envejecido por el peso de aquel infortunio, ofrecerse para el mando de la escuadrilla de lanchas cañoneras con que debió ser atacada la francesa del almirante Rosilly, en guerra ya su nacion contra la nuestra, surta en su puerto y dispuesta á bombardear á Cádiz. La firmeza de la Marina española obligó entonces á la enemiga á batir el pabellon, rindiéndose á fuerzas marítimas inferiores.

Mis lectores me perdonarán una tan larga excursion por el campo de mis recuerdos sobre aquel hecho concreto; pero era deber mio ineludible, al comienzo de estas *Memorias*, reivindicar la honra y el buen nombre de aquel marino ilustre, á la vez que precisar, fundado en el testimonio de documentos incontrovertibles, las particularidades de aquella

funcion naval, desconocidas hasta el presente, al ménos por nuestros historiadores generales. Olvidando unos que el recuerdo de los reveses encierra mayores enseñanzas que la exaltacion de los triunfos, apénas dedican media página al estudio de aquel acontecimiento, que tuvo, no obstante, en su tiempo graves resultas. Otros han formado, por falta de estudio, equivocados juicios, de cuya inexcusable ligereza participa el mismo D. Modesto Lafuente en su *Historia general de España*, dirigiendo al jefe de aquella escuadra censuras y cargos tan perfectamente gratuitos, como que ni siquiera los formuló, durante el proceso, el ministerio fiscal.

Tengo la fundada esperanza de que no trascurrirá mucho tiempo sin que pueda entregar al juicio público los muchos papeles, antecedentes, planos y noticias de que está nutrido el archivo de mi casa, en la parte que se refiere á esta de terminada época, encomendando á pluma ménos cansada que la mia la demostracion de que, si la suerte nos fué adversa en aquella memorable jornada, hay en ella abundante gloria que reivindicar para la Armada española y para el General que la mandó.

El tío de aquel valeroso marino, á quien en los grados inferiores sirvió de ayudante D. Luis Fernandez de Córdova, ascendió en 1783 á la dignidad de Capitan General de la Real Armada, despues de sesenta y dos años de relevantes servicios en el mar. En 1732 asistió en el navio *Conquis'ador* á la campaña de Génova y Spezia y á la toma de Orán. Al año siguiente, despues de hacer el crucero sobre el cabo Bon, en Berbería, hallóse á bordo del mismo buque en la toma de Nápoles y Palermo, en la de Pescara, en el Adriático, en otras funciones de mar en la costa de Calabria, y en dos combates con navios argelinos, que fueron á pique en las aguas de Mostagan y de Cartagena. Seis años despues, en América, montado el navio *La Europa*, se halló en el primer sitio que los ingleses pusieron á Cartagena de Indias, donde con el mando de cuatro botes armados tomó, en *Punta de Canoas*, una falúa de los navios británicos. En 1747 surcaba el Océano andando á corso de moros, y mereciendo la encomienda de Vetera, en la Orden de Calatrava, por sus triunfos contra los de Argel.

No fué ménos brillante la campaña de 1779, en que le cupo el honor de mandar las escuadras combinadas de España y Francia, la última de las cuales gobernaba el conde D'Orvilliers. Iban á sus órdenes los Tenientes Generales D. Antonio Ulloa, de nombre tan esclarecido en la Marina y en las letras, D. Miguel Gaston, y los jefes de escuadra don Adrian Cantin, D. Ignacio Ponce, D. Antonio Posadas y D. Antonio Osorno. Las aguas de Owsant, en el canal de la Mancha, el cabo Lizard y las presas de Portsmouth fueron testimonio brillante, en aquella campaña, de su valor y de su pericia. «Jamás, dice un historiador inglés, desde los tiempos de la famosa *Armada Invencible*, se habian visto las islas británicas amenazadas por una expedicion tan formidable.»

Por dificultades y lentitudes de la Corte de París hubieron, no obstante, de renunciar los aliados al proyectado desembarco de 50.000 hombres en las costas inglesas, y Córdova, despues de aprovisionarse en Brest, vióse obligado á volver á España con los 37 navios y fragatas de su mando, para atender al bloqueo de Gibraltar, sitiada ya la plaza por las tropas del General D. Martin Alvarez de Sotomayor. Entónces fué cuando, obligado á tomar puerto en Cádiz para repararse, y dirigiéndose otra flota española á Cartagena, al mando de D. Juan de Lángara, se encontró ésta sorprendida por las navies inglesas del Almirante Rodney, empenándose entre Cádiz y el cabo de Santa María, el 16 de Enero de 1780, una batalla naval, tan desdichada como gloriosa para nuestras armas, cuyo mérito recompensó el justo Gobierno de Carlos III otorgando merecidos galardones á los jefes é individuos de la Armada, que tambien allí obtuvieron un éxito desgraciado, aunque combatiendo con su probada bizarría.

Un acontecimiento próspero vino á compensar en cierto modo á nuestra España de aquellos reveses, acontecimiento en el que tuvo la primera par-

ticipacion D. Luis de Córdova. Hé aquí cómo lo relata el conde de Floridablanca en su célebre *Memorial á Carlos III*: «Dios, dice, quiso favorecer mis buenos deseos, pues con motivo de haber enfermado el ministro de Marina en ocasion que yo despachaba lo que ocurría urgente en la Secretaria de Marina, me llegaron una mañana los avisos de Inglaterra de que estaban para salir dos convoyes de sus puertos, uno para Jamáica con tropas, vestuarios, armas y municiones, para reforzarse en aquellas islas é intentar algo contra las nuestras, y otro con embarcaciones de comercio ricamente cargadas para la India Oriental. Estos convoyes debían, segun mis avisos, navegar unidos hasta las islas Azores, sin más escolta que un navio y dos fragatas, y en aquel paraje debían dividirse, tomando cada uno su rumbo. Sabian los ingleses nuestra resolucion de no dejar á Cádiz ni sus costas, porque en aquella plaza todo cuanto se mandaba ó hacia se sabia exactamente por nuestros enemigos.

»Recibidas las noticias antecedentes poco ántes del medio día, pasé sin pérdida de instante al cuarto de V. M. para representarle el golpe que podían dar nuestras escuadras si, en lugar de estarse cruzando entre los cabos, se alejaban hasta las islas Azores y esperaban al paso los convoyes ingleses.

»A pesar de la repugnancia que V. M. tenía de permitir que se apartasen de nuestras costas las escuadras, comprendí la importancia y consecuencia de mi propuesta, y bajo de varias precauciones que me dictó para impedir el abuso de sus órdenes, me las dió para que se comunicasen á Córdova.

»En el momento se despacharon dos correos por las vias de Cádiz y Lisboa, para que de ambas partes saliesen embarcaciones ligeras que alcanzasen á Córdova ó cualquiera de sus bajeles, y entregasen las órdenes para el fin propuesto; y habiéndolo conseguido el barco que salió de Cádiz, pasó Córdova á las Azores, esperó y apresó (9 de Agosto de 1780) los convoyes, con tanta dicha, que de cincuenta y cinco buques no escapó uno solo, huyendo los tres de guerra, que por su alijo y ligereza pudieron libertarse.

»Se tuvo esta gloriosa y utilísima accion por una especie de milagro; pero aunque todo se debió y se debe á la Providencia de Dios, quiso ésta que concúriesen á la ejecucion de sus designios las combinaciones de recibir yo las noticias, mi diligencia de aprovecharlas, y la proporcion que me daba el despacho interino de Marina. Lo ménos de aquella accion fué el apresamiento de tanto número de buques, interesados en más de 140 millones. El haberse apoderado V. M. de más de 3.000 hombres, de los vestuarios destinados á las tropas que tenían los enemigos en sus islas, y de los armamentos y municiones que llevaban á las mismas, frustró todas las ideas de agresion que podían tener en la campaña siguiente contra nuestras posesiones; y si nuestras fuerzas combinadas de mar y tierra destinadas en cabo Francés hubieran podido y querido aprovecharse de esta proporcion y de las ideas, que parecieron á algunos atrevidas, del conde de Galvez, tal vez la Jamaica, ó la mayor parte de ella, hubiera caído en nuestras manos.»

Pero aquellos planes, y otros no ménos ventajosos de Floridablanca, se frustraron al cabo ante el rigor de nuestra desdicha. Próxima estaba á rendirse la plaza de Gibraltar por falta de viveres y abastecimientos hácia fines de 1782, áun despues de incendiadas las famosas baterías flotantes, cuando una flota inglesa al mando del almirante lord Howe, empujada por los vientos del Este y á favor de una noche tempestuosa, logró hacer penetrar en Gibraltar cuatro buques de carga, en ocasion en que la escuadra combinada, que todavía mandaba D. Luis de Córdova, fuerte de 46 á 50 navios de línea, habíase visto obligada por el temporal á tomar abrigo en Cádiz. Mas el 20 de Octubre, y ya fuera del Estrecho, avistose aquél con el enemigo, trabándose entre más de 30 navios de lord Howe y 33 españoles y franceses un combate que dió por resultado la fuga del inglés, no sin haber tirado durante la accion sobre nuestros buques con bala roja,

(1) Se conservan entre los papeles de mi casa multitud de impresos franceses que justifican esta aseveracion.

(2) Conservo esta carta autógrafa.

circunstancia que motivó la siguiente protesta de D. Luis de Córdova, inserta en el parte de aquella acción, de fecha 22 de Octubre, en el navio *Santísima Trinidad* á la vela: «Y omitiré, por decoro á la dignidad de la Corona británica, la discusión del uso que hizo de las balas incendiarias en la acción, y si en caso de ser apresado el navio del almirante mismo en un combate de escuadra, debería ser tratado como incendiario sin remisión ni excepción de personas, por una conducta y medios tan chocantes á la humanidad.» Natural era que Carlos III y Luis XVI tributarán grandes distinciones á Córdova. Recuerdo entre ellas el regalo de una magnífica caja de tabaco, de oro macizo, con el retrato del rey de Francia, ovalado de brillantes, y que, en puntas de estas preciosas piedras, llevaba esculpida la dedicatoria *De Louis á Louis*. Esta alhaja, más valiosa por lo que representaba que por su gran mérito intrínseco, se conservó largo tiempo en la casa del general como inestimable gloria de familia.

FERNANDO FERNANDEZ DE CÓRDOVA,

Marqués de Mendigorría.

Ilmo. Señor

D. BENIGNO QUIROGA Y LOPEZ BALLESTEROS

Director general de Agricultura, Industria y Comercio.

Sería faltar á la misión de la prensa y al derecho que al lector asiste, apuntar en esta noticia biográfica solamente esos datos comunes á casi todas las existencias, y que más parecen ampliación de una cédula personal que verdaderos datos biográficos.

Por esta vez, sin embargo, procuraremos conciliar aquel deber y aquel derecho con la rigurosa concisión que la modestia del interesado nos impone.

El Sr. Quiroga y Lopez Ballesteros es natural de la Puebla de San Julian, provincia de Lugo, y perteneció al distinguido cuerpo de Ingenieros de montes, en el cual ingresó en 1.º de Abril de 1871, realizando las prácticas reglamentarias en el distrito de Madrid.

Ilustres antecedentes de familia, al par que su propio temperamento y el resultado de sus estudios, le impulsaban á tomar una parte activa en la política; y en 20 de Octubre de 1881 juró por primera vez el cargo de diputado, formando en las filas del partido liberal, y al lado del Excmo. Sr. D. Segismundo Moret.

De esta primera campaña parlamentaria todavía recordamos un discurso que mereció unánimes elogios de la prensa. La oratoria del Sr. Quiroga se distingue por una gran claridad en la exposición, argumentación lógica y entusiasmo y calor propios del convencimiento científico.

En 10 de Junio de 1884 volvió al Parlamento, donde por dos veces ha sido secretario de las oposiciones, y el Gobierno que actualmente preside el Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta le confió la dirección general de Agricultura, Industria y Comercio, en la cual se han contrastado las relevantes dotes del señor Quiroga y Ballesteros.

En dicho puesto ha contribuido, con el Sr. Montero Rios, á la reunión del Congreso vitícola, cuya importancia pudo apreciarse apenas constituido, y cuyas consecuencias han de ser altamente beneficiosas para el país. El adelanto del cultivo de la vid en nuestra Península, comparado con el atraso en que, salvo contadas excepciones, tenemos nuestra industria vinícola, ha bastado para abrir los ojos á muchos cosecheros y fabricantes, que han aprendido más en ocho días de Congreso que en veinte años de trabajo.

La opinión del Congreso vino además á mostrarse favorable, en su gran mayoría, á los tratados comerciales que más directamente la interesaban, y que habían sido estipulados en aquellos días por el ministro de Estado, Sr. Moret.

El Sr. Quiroga ha coadyuvado también á la reorganización de los cuerpos especiales de ingenieros de montes, de minas y agrónomos, merced á la cual, y el día que se plantee, se conseguirá que estén me-

por retribuidos los servicios prestados por dichos cuerpos, realizando al mismo tiempo notables economías en el presupuesto. Las innumerables felicitaciones dirigidas con este motivo dicen por sí solas lo bastante en elogio de la mejora.

El negociado de Industria, aunque temporalmente suprimido con ventajas para el Erario público y para el servicio mismo, es objeto por parte del señor Quiroga de proyectos que han de darle en su día toda la importancia y desarrollo de que es susceptible en nuestro país.

El Sr. Quiroga se dispone además á reformar la enseñanza agrícola y el servicio agronómico de tal modo, que si se llevan á la práctica sus planes, no vacilamos en asegurar que por su medio ha de lograrse una constitución definitiva de esos servicios en perfecta armonía con las necesidades que los reclaman.

Sin hacer mención de otros trabajos llevados á cabo en la mencionada dirección, basta con lo dicho para comprender que el personaje político cuyo nombre encabeza estas líneas es, ante todo, hombre de ciencia, de la que tan necesitada ha estado á veces la administración española.

Y está dotado de tal actividad é instinto práctico, que su bagaje científico, lejos de constituir una impedimenta en el terreno político, como en otros prohombres se ha visto, es, por el contrario, la base de sus operaciones y el criterio más regular y seguro que puede inspirarlas.

En su trato se distingue por la rectitud y la afabilidad.

Sus electores le han traído por tercera vez al Congreso, votado en el primer lugar por la circunscripción de Lugo, y el actual ministro de Fomento, Sr. Navarro y Rodrigo, le dispensa análoga confianza é igual cariño que su antecesor, Sr. Montero Rios.

Tal es el fruto que un talento claro y estudios incasantes rinden á los treinta y ocho años de edad, y tal es el hombre que estos momentos, en compañía de su bella y virtuosa señora, repone su salud merced á un corto viaje por las provincias andaluzas.

NEMI

Arreglo del francés, por A. Ordáz.

(Continuación.)

En la capilla, el verso de los himnos religiosos no podía ser más de estable; pero Nemi depositaba en las frases más desnudas de sentido toda la pasión de su ser, todavía imperfectamente desarrollado.

La Grabi encontró á su discípula en un estado de indiferencia que la encolerizó.

—¿Qué hace usted ahí? la dijo con una voz que no podía menos de herir el delicado oído de Nemi.

La jóven se estremeció, y respondió:

—Nada.

—Por eso lo pregunto. Si estuviera usted arrependida se ocuparía en algo...

—En bordarlas uras zapatillas como la señorita Olga, por ejemplo, pensó Nemi.

Pero la pobre no tenía dinero para estas manifestaciones de disciplina escolar, ni tampoco gusto.

—Preséntese usted despues de comer á la directora, concluyó la Grabi.

III

Terminada la comida, Nemi abandonó el corredor por donde paseaban las colegialas, para ir á la dirección.

—Se la va á despedir, murmuró una vez compasiva.

—No tendría más que lo que merece, replicó secamente la profesora.

—¿Qué mala es esa horrible Grabi! cuchicheó la jóven Olga.

—¡Ah! interrumpió su confidente; dime: ¿vamos esta noche á la capilla?

—Esta noche no, pero mañana sin falta.

Las dos amigas se volvieron hácia la profesora.

—Señorita Grabi, dijo Olga; deme usted ese almohadon: hace mucho tiempo que no trabajo en él.

—Es ya tarde; mañana.

—¿Pero has visto qué vieja momia? dijo Olga al oído de su compañera; está enamorada de su almohadon como de sí misma.

Y las dos jóvenes se dirigieron á la puerta del dormitorio, donde por una malicia habitual, bajo pretexto de galantería, comenzaron á hacerse grandes reverencias, impidiéndose así mutuamente la entrada.

Mientras tanto Nemi entraba en la habitación directorial.

Hizo una reverencia, y guardó con la cabeza inclinada y los brazos caídos á lo largo de su esbelto cuerpo.

—¡Acérquese! dijo la directora.

Nemi avanzó hasta colocarse debajo de una gran lámpara que iluminaba el salon con resplandores pesados é inciertos. El fondo estaba ocupado por un gran canapé recubierto, como todos los muebles, de damasco azul. Este color se encontraba por todas partes; allí donde estaba mandado usarlo, era el uniforme; donde no, una galantería al reglamento.

La Batú no estaba sola. Sumergida en un gran sillón, y con las manos placidamente cruzadas sobre las rodillas, una señora, próximamente de cincuenta años, dirigía á la jóven una mirada penetrante, pero llena de benevolencia.

Nemi recobró su habitual impasibilidad.

—¿Es usted quien ha cantado en clase?

—Sí, señora.

—¿Qué la ha impulsado á esa irreverencia?

Nemi calló. Era preciso referir todas sus angustias, y esto, además de muy largo, la parecía inútil.

—¡Conteste usted! dijo la directora.

—En algunos momentos... necesito cantar. Sufiero mucho, si no...

—¿Sufre usted ahora mismo?

Instintivamente la jóven hizo un ligero movimiento de afirmación.

—Pues cante usted.

Esta palabra extraordinaria fué dicha con tranquilidad, y como si hubiera sido la cosa más corriente cantar en una conferencia sobre faltas de disciplina.

Nemi quedó perpleja, y su aterrado rostro se volvió hácia la luz, que la iluminaba de lleno.

—Cante usted el himno á la Virgen, dijo la otra señora.

—Sólo sé mi parte, respondió Nemi, más tranquila al oír aquella voz grave y dulce.

—Pues cántela, ordenó la Batú.

Nemi obedeció, y todos los objetos parecieron experimentar una trepidación armoniosa á los sonidos de su voz, tan profunda y tan dulce á la vez. Cantaba sin casi mover los labios, abierta enteramente la boca, la cabeza un poco echada hácia atrás, y tranquila, inmóvil, como en éxtasis. Sus ojos, perdidos en el vacío, habían tomado una expresión de fijeza extraña, y al terminar hubiérase dicho que miraba dentro de sí misma algún objeto misterioso, alguna aparición, solemne, pero no mística.

—Cante usted ahora la escala, muy despacio, comenzando por el *lá* del diapason.

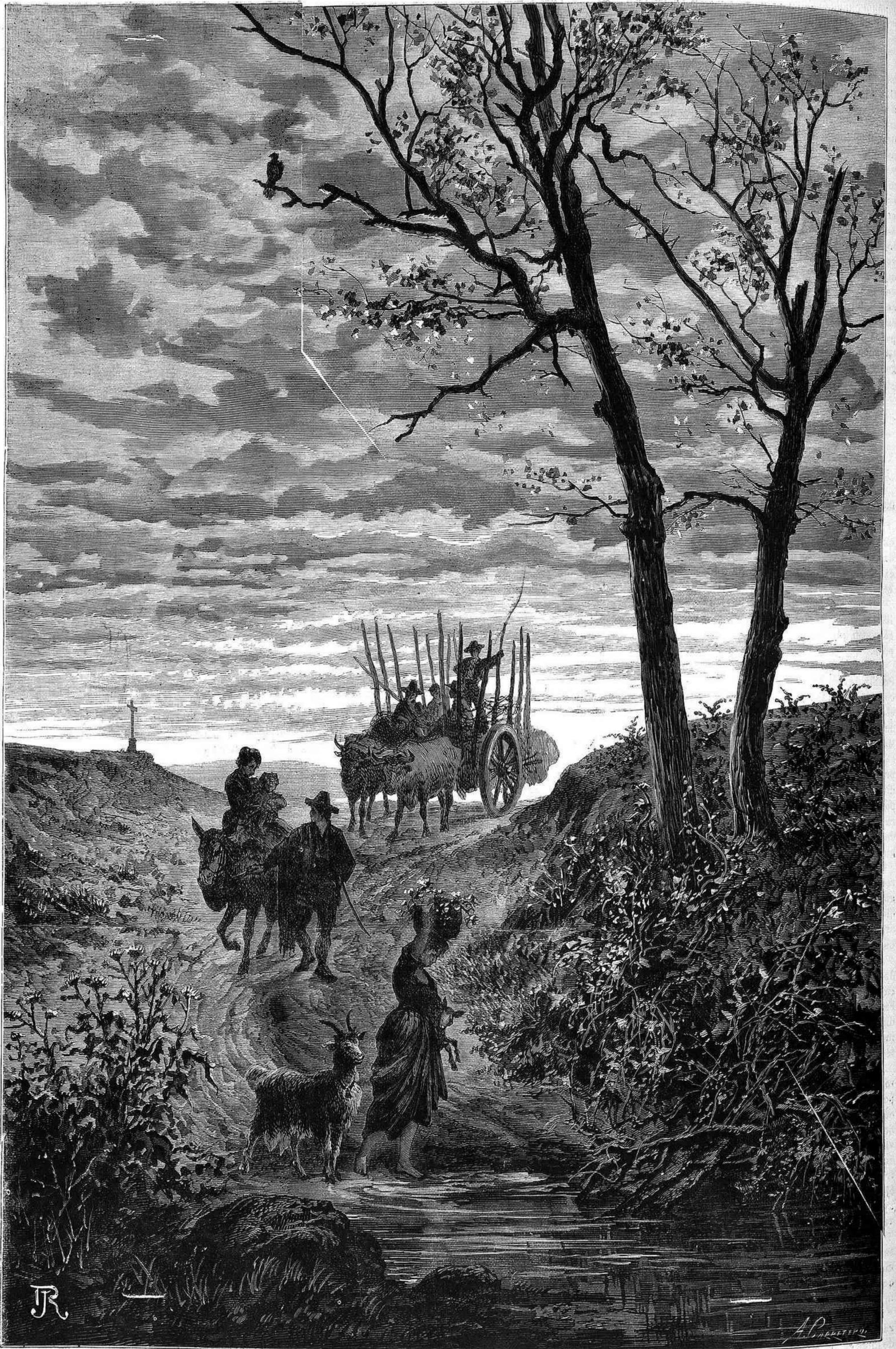
La bondad que vibraba en la voz de aquella desconocida, parecía haber despertado en Nemi un manantial de emociones largo tiempo oculto, y vocalizó con tal acento de invocación tiernísima, que cuando su voz espiró en el *lá* agudo de la octava, un estremecimiento nervioso sacudió el cuerpo de las dos oyentes.

—Baje usted ahora, dijo la visitante.

Nemi, con el acento de la más sombría desesperación, empezó á bajar y se detuvo con una vibración lenta y prolongada sobre el *mi* grave.

—¡Esto es prodigioso! murmuró aquella, dejándose caer en el asiento de donde la audición la había hecho levantar un instante.

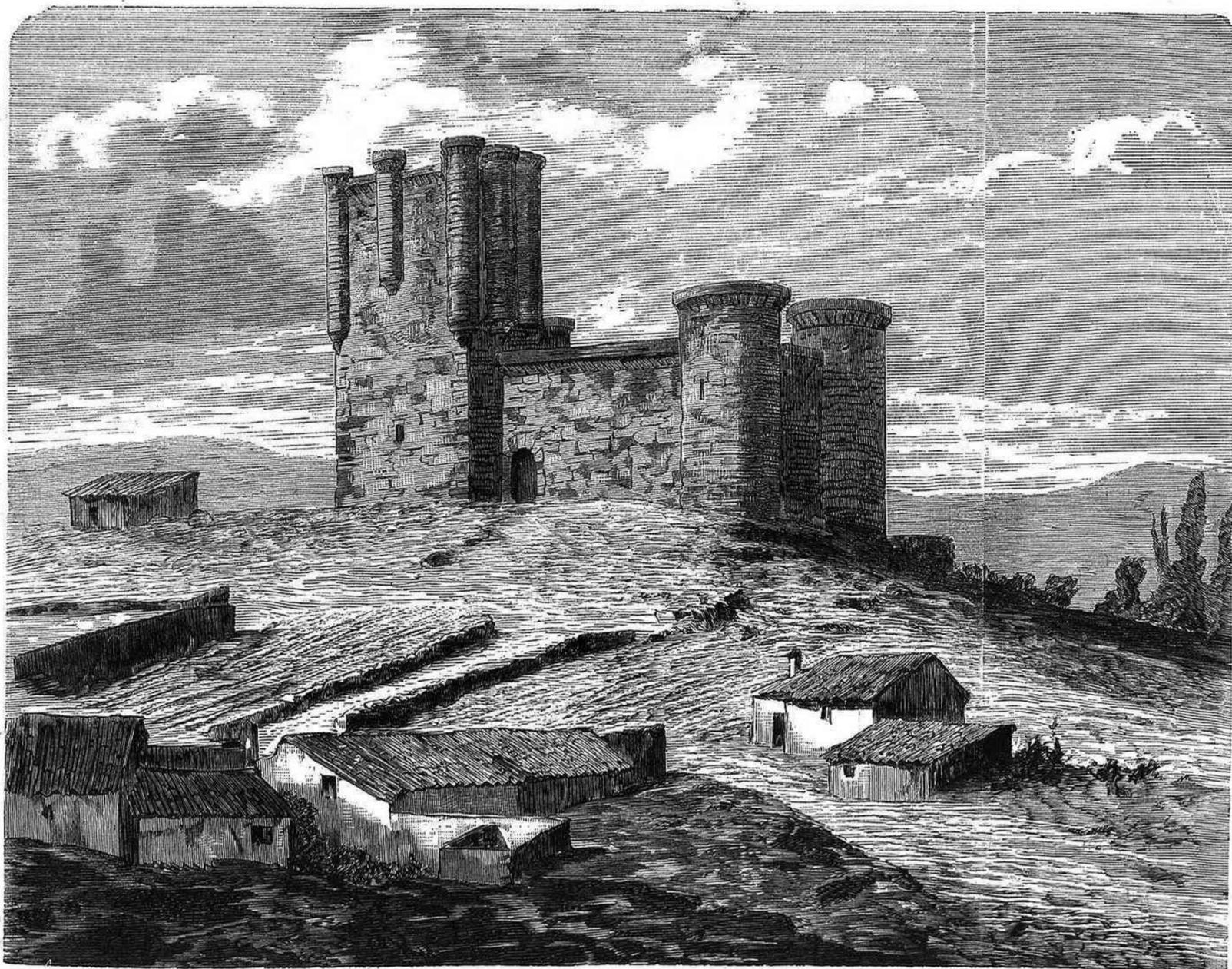
—Tiene una gran voz, en efecto, corrigió la directora, pero no es razón para turbar el orden de las clases.



UNA TARDE DE OTOÑO



ILMO SR. D. BENIGNO QUIROGA Y LOPEZ BALLESTEROS, DIRECTOR GENERAL DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO



CASTILLO DE TORRELOBATON

—Ya he dado mis excusas, balbuceó Nemi; se las presento de nuevo humildemente, señora.

Había inclinado la cabeza; pero con tanta dignidad, que la visitante se enterneció de esta actitud.

—Perdóla, dijo en italiano á la directora; esta niña será una gran cantante.

—Nemi, dijo la Batú; pasará usted las horas de recreo en la sala de música y cantará usted allí sola.

La niña miró á las dos señoras llena de confusión, y la visitante, sonriendo, dijo:

—Cante usted otra escala.

Nemi entonó al momento la más brillante y más aérea de las del solfeo. Toda su alegría se vertió en aquel canto: los arpegios se sucedían apresuradamente unos á otros, como pájaros que toman á la vez el vuelo, y cuando acabó, dijo sin tomar aliento:

—Muchas gracias, señora.

Salió Nemi y se dirigió al dormitorio, donde comunicó sus risas y lágrimas de alegría á su confidente ordinario: la almohada.

IV

Grande fué la admiración escolar cuando á la mañana siguiente se vió á Nemi dirigirse á la sala de música, diciendo:

—Voy por orden de la directora.

La Grabi estuvo á punto de caer sin sentido; porque era imposible considerar como una pena para Nemi lo que más bien, dadas sus aficiones, era una concesión.

Ya había terminado el recreo é iban las jóvenes á volver á las clases, cuando un ruido indescriptible recorrió todo la galería. Cuatro ó cinco de las colegialas mayores corrieron á la escalera, desde la que se veía el vestíbulo, y se inclinaron para mirar á dos jóvenes oficiales, amigos de un sobrino de la directora, que entraban con éste para saludar á su venerable tía. Cruzáronse algunas miradas, vagas sonrisas y algunos movimientos de labios entre los visitantes y las lindas curiosas. Pero se oyó decir:

—¡Una profesora!

Las risueñas jóvenes abandonaron la escalera; apareció la Grabi, rígida, ceñuda, y Nemi, que venía en este instante de la sala de música, pálida y fatigada por el inmoderado ejercicio vocal que acababa de hacer, fué duramente reprendida como presunta autora de aquel escándalo.

Tras este acto de ligereza, la Grabi no juzgó nada tan á propósito como ir á quejarse de la injusticia con que ella misma era tratada.

—Clara, dijo, entrando en la habitación de una profesora íntima amiga suya; la directora, no sólo no ha castigado á Nemi, sino que la ha dado permiso para cantar cuanto quiera...

—¡Eso es atroz!

—Pues hay más aún: al volver del salón de música, esa chiquela se ha encontrado con el sobrino y amigos...

—Sí, sí, interrumpió Clara; los que vienen siempre á las horas de recreo. ¿No has observado eso?

La Grabi se estremeció y miró á su amiga tan fijamente como si fuera una reducción eficaz de la cabeza de Medusa.

—No; pero tienes razón.

—Pues fijate bien en eso y otras muchas cosas.

La Grabi hizo un gesto de disgusto por el tono con que su amiga pronunció estas palabras, y ésta, algo contrariada, añadió:

—Me parece que no vigilais bastante vuestra clase.

—¡La señora Ranz es un genio! dijo la Grabi, caracterizando así con una palabra el carácter ruidoso y pendenciero, pero superficial, de la otra profesora que compartía con ella el peligroso honor de guiar por buen camino á la primera clase.

—La falta no es sólo de la señora Ranz. Tú has visto crecer á todas esas chiquillas, las conoces desde la edad de diez años, y sin embargo, no sabes distinguir sus diferentes cualidades.

—Pero, balbuceó la Grabi, exceptuando esa plaza gratuita, todas las demás jóvenes son bien educadas, amables... de nobles familias...

—Pues esas son precisamente la peores, y por ellas vas á salir del colegio.

—Pero ¿qué pasa? exclamó la Grabi, agitando sus brazos como un telégrafo de los tiempos antiguos.

Clara miró un instante á su amiga, y persuadida de su buena fe, murmuró á su oído algunas palabras. La Grabi se dejó caer sobre la silla, tan verde como un pepino poco maduro.

—¡De mi clase! ¿Y sus nombres? exclamó.

—¡Tú eres quien me los debes decir!

La Grabi se retorció las manos con un gesto trágico.

—¿Y quién deja entrar á los amantes?

—Todo el mundo. A la llave de oro, ¿qué puerta resiste?

Suspiraron juntas esta vez. Ninguna llave, de oro ni de plata, había intentado abrir las rejas que guardaban la virtud de estas pobres pedantes, faltas hasta de ese último encanto de la mujer: la bondad.

—Voy en seguida á la directora... gimió la Grabi.

Clara se encogió de hombros.

—Ese sistema no ha tenido bastante éxito en la cuestión Nemi, y figúrate que no se quiere que esto se sepa... ¿Qué harás?

La Grabi no intentó ya siquiera discurrir lo que haría en este caso; juntó sus huesudas manos en actitud de súplica, y las extendió hasta tocar en el pecho de su amiga.

—Aconséjame; me inclino ante tu perspicacia y cordura: haré lo que me digas.

V

El dormitorio de las alumnas de primera clase estaba sumergido en la profunda calma del sueño. Los blancos lechos eran iluminados por lamparillas suspendidas ante unas imágenes. Los esbeltos cuerpos de las jóvenes se dibujaban vagamente á través de las colchas, y sus cabezas rubias ó morenas, recibiendo todas la misma indecisa luz, perdían su personalidad en este vago crepúsculo.

De pronto Olga se incorporó, fijó sus desnudos piés en el suelo, se vistió, cruzó el dormitorio y tocó ligeramente en el hombro á una de sus compañeras, que la siguió en seguida. Otra las aguardaba ya junto á la puerta. Los goznes de ésta, empapados de aceite, no hicieron el menor ruido, y se encontraron en los corredores. Un ligero temblor, que lo mismo pudo ser de miedo que de frío, cruzó por las tres jóvenes y se cogieron de las manos. Era preciso bajar un piso y recorrer en sentido inverso otro corredor para llegar á la capilla, situada al otro extremo del vasto edificio y en comunicación con la calle.

Pero todo se realizó con una seguridad que denotaba cierto hábito de estos paseos, y al término de su excursión las tres picaruelas encontraron tres jóvenes oficiales de ejército, que el complaciente sacristan admitía á pláticas devotas de carácter extraordinario.

Había en la capilla muy poca luz, porque toda procedía de una linterna sorda oculta bajo un banco y vuelta hácia la pared; pero los novios no han necesitado nunca un suntuoso alumbrado para entenderse. Se habló mucho, se rió mucho, y sin embargo, estas jóvenes, cuyo sistema de vida entregaba atadas de piés y manos á la seducción, no franquearon los límites de una broma incente. Se encontraban allí, no por un amor ideal, ni siquiera por un impulso menos puro, sino simplemente por amor al fruto prohibido, por espíritu de insurrección y protesta contra una ley absurda.

—Ya es hora de subir, dijo Olga; es el momento en que la señora Ranz estornuda.

Fué preciso explicar de qué modo estornudaba esta señora, y en seguida los amantes se dieron mútuas despedidas, más ligeras que tiernas.

—¿Qué queréis que os traigamos para la próxima entrevista? dijo uno de los oficiales, porque no ha-

bían venido con las manos vacías, y una gran cesta de provisiones apareció al pié de las niñas desde el principio de la sesión.

—Arenques, vino dulce...

—Empanadas, dijo la más glotona.

Y con esta noble resolución se disolvió el grupo. Pero al subir á su dormitorio, las jóvenes, fatigadas por la falta de sueño, no estaban tan ligeras como ántes. Una de ellas tropezó en la escalera, y á este ruido la larga y pequeña cabeza de la Grabi se irguió en el piso de arriba. Un estremecimiento de terror la sacudió de piés á cabeza.

—¡Las tres mejores! dijo. ¡Las más ricas! ¡Pero Señor! ¿Adónde vamos?

Y sin esperar la respuesta del Señor, se fué á la cama, donde ya tenía ganas de caer, porque había pasado la noche en la escalera, y sin la amable compañía de sus tres mejores alumnas.

VI

La Grabi madrugó; pero la mala noche no la había embellecido, porque su rostro no era de los que ganan con las emociones vivas. Como es de suponer, las primeras que corrieron á saludarla fueron sus mejores alumnas.

—Parece usted fatigada, dijo Olga. ¿Ha pasado usted caso mala noche?

La sencillez y candor de su voz hizo temblar de cólera á la Grabi.

—Está usted completamente amarilla, repuso otra. ¿Ha tenido usted algun disgusto?

Nemi estaba allí; tenía conciencia de haber producido algun pesar á la Grabi, y para juzgar hasta qué punto podía ser esto la causa de tan radical y desventajoso cambio de color, alzó la vista; pero se encontró con una mirada llena de odio concentrado que la hizo palidecer.

Llegó la hora de recreo, y al dirigirse á la sala de canto, Nemi tropezó en una silla, sobre la que estaba abierta la caja de labor de la Grabi. Cayó la caja; el almohadon se hizo un ovillo, y se deshicieron algunos puntos de *crochet*.

—¡Lo ha hecho á propósito! exclamó la Grabi, arrojándose sobre su almohadon, y estrechándolo como una tierna madre que acabara de arrebatado á la boca de un animal feroz su idolatrado hijo.

—¡Demasiado sabe usted que no! dijo tranquilamente Nemi, que de rodillas sobre el suelo recogía el contenido de la caja.

—¡Esa respuesta es insolente! ¡Prohíbe á usted hoy ir á la sala de canto!

Nemi se levantó, y, depositando sobre la silla la caja fatal, dijo:

—Mi hora de canto es un castigo de la directora. Ha llegado el momento de obedecer sus órdenes.

Y sin preocuparse del rencor que dejaba tras ella, salió.

Cuando se halló sola ante su piano, se abrazó á él y le regó de lágrimas: ¡lágrimas amargas, lágrimas de buenos sentimientos menospreciados, de indignación y dulce queja á la vez!

—¿Por qué me quiere mal todo el mundo, exclamó sollozando, si yo no hago mal á nadie? ¿Será porque soy pobre? Se contestó maquinalmente con tres acordes firmes y prolongados, y comenzó el eterno solfeo; pero en seguida sus dedos, todavía inhábiles, buscaron primero la armonía singular y solemne de los himnos, y luego vagas melodías, inspiradas por su emoción.

Cantó largo tiempo con voz entrecortada por los sollozos, y un torrente de penetrante y desesperada melodía circuló bajo la resonante bóveda del salón de música. Luego una calma profunda, muy superior á la que hasta entonces había disfrutado, invadió dulcemente su espíritu; se sintió más dispuesta á todo, y salió al comedor; pero el comedor estaba desierto, y se oía la voz de los profesores, que peroraban su lección ordinaria.

(Se continuará.)

LA MOSCA EN LA OREJA

NOVELA CORTA Y LIO GRANDE

(Continuacion.)

D. Miguel detuvo á Elvira con un ademán, al mismo tiempo que la decía:

—¡Verga V. acá, desdichada criatura! Yo lo sé todo; Rufo me lo ha contado,

—¿Qué Rufo? ¡Ah! ¡Dios mío!

—Sí, sé... que ustedes se aman.

—¡Luego ya está descubierto! ¡Ah! caballero, no se lo diga V. á nadie. Sí, es cierto, nos amamos...

—Pero ¿cómo?

—Amándonos.

—Eso se sobreentiende. Y su hermana de V. ¿lo sabe?

—Sí, señor; ¡y buenos disgustos que hemos pasado!

—¡Ya lo calculo! ¡Pobre señora!

—Adolfo la ha convencido al cabo, y hoy es gustoso en que...

—Permita V. que lo dude.

—Créalo V.; todo esto es lógico.

—¿Lógico?

—Sí, señor; V. habrá sido joven...

—Cuando vino Pepe Betellas andaba yo á gatas.

—Entonces habrá V. sentido dentro del pecho ese placer, mezcla de malestar y de satisfacción que se llama amor. Habrá V. pasado las noches en vela, pensando en el objeto de sus amarguras, y se habrá convencido de que los obstáculos sólo sirven para enardecer las pasiones.

—Eso es verdad: recuerdo que hasta en una ocasión hice versos.

—Adolfo no me los hizo nunca; pero Rufo sí.

—¿También eso?

—¿Y qué tiene de particular?

—Para V. nada; pero...

—Si V. amó, y ha sentido las violentas palpitaciones de su pecho, ¿por qué extraña que nosotros los amemos?

—Porque ciertos amores no los consiente la sociedad.

—Es cierto; hoy son clandestinos: nos amamos melio en secreto...

—Y á más la religion...

—Sí, ya lo sé.

—¡Pues entonces!...

—Pero todo se arreglará. Adolfo se entiende ya con mi hermana.

—¡Luego Rufo tenía razón al sospechar!...

—Tenía razón, sí, señor; nosotras queremos que todo se quede dentro de casa.

—¡Qué atrocidad!

—Pero Rufo no se convencerá.

—¡Claro!

—Es muy egoísta.

—¡Ya no me queda nada que oír!

—Usted tiene cara de ser un buen hombre.

—¡Niña!

—Y por lo tanto me atrevo á suplicarle que interceda con Rufo, para que se cumplan los deseos de todos.

—Yo no me mezclo en semejantes líos.

—¡Per Dios, caballero!

—Ni por el demonio tampoco.

—Allí viene Adolfo: no le diga que hemos hablado.

Y ligera como una corza, dejó solo á D. Miguel, que no cesaba de hacerse cruces.

—¡Qué trama tan infernal! decía. ¡Qué inmoralidad la del siglo! ¡Esto no puede quedar así! Hablaré á D. Adolfo, y si no desiste de sus pretensiones, yo mismo ayudaré á Rufo á tirarlo por las escaleras... ¡Rufo! ¡Eh! También era preciso tirarle á él. ¡A sus años!...

Interrumpiéndole en su monólogo, le dijo Adolfo:

—Dispéñseme V., caballero; pero me ha encargado Elvira que le manifieste que ya tiene dispuesta la habitación.

—Muchas gracias, caballero; pero dispéñseme usted que al mismo tiempo le diga que es muy extraño lo que sucede en esta casa.

—Como V. comprenderá, no soy quién para mezclarme en estos asuntos: no estoy en mi casa... —Es cierto; pero como sé que aspira á vivir en ella...

—¿Quién le ha dicho á V. eso?

—¿Quién? Ella.

—¿Y quién es ella?

—La que lo sabe: Elvira.

—¿Elvira? ¡Imposible!

—Al principio negé como V.: también dije imposible... mas cuando la he manifestado que lo sabía todo por habérmelo dicho Rufo... cantó de plano como una inocente...

—Y casta y pura...

—Me confesó sin rodeos que Elvira y V. están de acuerdo; que ella consiente, y que sólo falta por conquistar á Rufo.

—Pues bien; sí, señor; es cierto. ¿A qué tratar de negárselo, cuando lo sabe de tan buena tinta?

—¡Ya lo creo! Como que Elvira es la más interesada en que esto se arregle.

—¡Ángel mío!

—Ángel patudo, digo yo.

—¡Caballero! No comprendo...

—Como que para V. será todo también una cosa muy natural.

—¿Quién lo duda! Así todos seríamos felices.

—¡Pero, joven! ¿Y la moral?

—¿Y en qué ofendo yo á la moral?

—¡En casi nada!

—Ni en casi ni en nada, puesto que aspiro á que sea mía legítimamente.

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Cómo ha de ser eso, viendo Rufo? Eso sí que es imposible.

—¡Pues que se muera! Ya me voy yo cansando, y me siento capaz de hacer una de *pópulo bárbaro*.

Y golpeando el suelo, y yendo de un lado para otro, añadió:

—¡Maldita ambición, y á qué extremos conduce! ¡Picaro egoísmo!...

—Reflexione V....

—¡Para reflexionar estoy yo ahora! Nada, nada. ¿Lo quiere? Pues será. Abusa de mí porque soy bueno por naturaleza, y sencillo en mis costumbres, y morigerado...

—Eso lo conoce cualquiera.

—Pues ya se acabaron las contemplaciones de una vez para siempre. Éste es el único obstáculo... pues bien; lo quitaré del medio.

—¡Jóven! Jóven!...

Adolfo interrumpe bruscamente su paseo, y en ademán amenazador, dice:

—¡Viejo, viejo!

Asustado D. Miguel, y no sabiendo qué objetarle, exclama:

—Recuerde usted los Mandamientos de la ley de Dios.

—¿Los recuerda ese hombre sin entrañas?

—Ya veo que los olvida; pero ni así se justifica que usted abuse...

—Yo cortaré por lo sano.

—D. Adolfo, por Dios...

—Ni por la Virgen. Primero hablaré con ella, luego lo busco á él, y ó se muere, ó transige, ó lo suicido.

Estupefacto se quedó el forastero, y renegando del momento en que había entrado en aquella casa, en la cual para él todos eran unos seres despreciables.

Decidido á no permanecer más tiempo entre personas semejantes, se disponía á salir, cuando Eloisa apareció en la puerta.

—¡Estamos sobre un volcán! la dijo.

—¿Sobre un volcán? ¿Qué ocurre?

—Por el momento, nada; pero ocurrirá.

Y cogiéndole por una mano, añadió:

—¡Su conducta de usted es criminal!

—¿Y quién le ha dado derecho... repórtese usted, explique esas palabras, ó...

—¡Lo sé todo! añadió con gran misterio. Adolfo primero y Elvira después me han revelado... á más, mi amigo me contó...

—¿Y es eso todo? ¿Y por eso me llama usted criminal?

—¡Claro! Como que Marcos...

—Marcos tendrá paciencia, y si no la tiene, peor para él.

—¡Santos y santas del cielo! ¡Qué casa! ¡Qué casa!... Me marchó; huyo de presenciar la catástrofe.

Y cogiendo el sombrero, se dirigió á la puerta, al mismo tiempo que precipitadamente entraba Adolfo, lleno de irritación.

Los dos hombres se tropezaron bruscamente; don Miguel cedió al encontronazo, al mismo tiempo que Adolfo decía:

—¿Qué demonio de espantajo!

Después, dirigiéndose á Eloisa, añadió:

—Acabo de hablar con su hermana de usted, y me ha jurado que será mía, ó se matará. Ahora bien: ¿podemos contar con que usted nos proteja?

—Sí, Adolfo: esta situación es insostenible; por lo tanto, tengo que manifestarle que mi resolución es irrevocable.

Marcos, que hubo de encontrarse con Miguel en la puerta de la calle, le hizo subir de nuevo, y ambos penetraban en la habitación donde se hallaban Eloisa y Adolfo, cuando éste, arrojándose á los pies de su futura cuñada, exclamaba:

—¡Ah! Eloisa; permita usted que de rodillas la adore como á mi ángel tutelar; usted me hace feliz... ¡La amo tanto!

Adolfo se refería en su «¡la amo tanto!» á Elvira; pero Marcos y D. Miguel no pudieron comprenderlo así, y, escandalizados, se miraron el uno al otro.

De pronto exclamó Marcos:

—¡Rayos y truenos!...

Y en actitud hostil quiso precipitarse sobre Adolfo. D. Miguel le contuvo, y Eloisa, colocándose entre D. Miguel y Adolfo, dijo:

—Suéltelo usted: ¡que no es tan fiero el león!...

—¿Qué descaró! murmuró D. Miguel.

—¡Voy á meterla á usted en un convento, señora! gritó Marcos, enfurecido.

—¿A mí? ¿Por qué razón?

—Por pérfida, por traidora, por... ¡suéltame, Miguel, ó las pagas tú todas juntas!

—No te suelto, porque á la verdad que tú también eres culpable.

—¿Vas á defenderla ahora?

—¡Pero, hombre, si lo sé todo! Y en realidad estais pagados. Eloisa da oídos á las pretensiones de Adolfo... tú...

—Y con mucho gusto, interrumpió Eloisa.

—¿Lo oyes, Miguel? dijo Marcos moviendo la cabeza.

—Sí, oigo la desfachatez...

—Señora, dispóngase usted para una eterna reparación.

Y dando una repulsa á D. Miguel, salió hablando solo.

—Pero ¿está loco ese hombre? preguntó Eloisa.

—Debe estarlo, repuso D. Miguel, pues sólo así se comprende que siendo su falta igual á la de usted...

—¿Igual á la mía? No, señor; yo...

—Es verdad; la de Marcos es horrible, porque hay consanguinidad entre ellos.

—¿Entre ellos? ¿Quiénes?

—¡Vaya una pregunta! Entre Elvira y Marcos; es un horror haberla seducido siendo hermana de usted.

Eloisa palideció. Adolfo, que hasta aquel momento estuvo abatido y sin saber qué determinación tomar, volvióse de repente, y con los puños cerrados hácia D. Miguel; pero Eloisa dió un grito, y cayó desmayada en brazos del amigo de su marido.

Este no podía soportar el peso, y Adolfo tuvo que prestarle auxilio.

—Sosténgala usted, amigo mío: yo vuelvo pronto; voy por vinagrillo de los siete niños de Ecija para que lo huelva.

D. Miguel salió corriendo; Eloisa comenzaba á volver en sí, mientras Adolfo exclamaba:

—Hé aquí explicado el misterio: ¡me engañaban!

(Se continuará.)



COSTUMBRES RUSAS. — EL TRINEO

SEMBLANZA

La esterilidad para el bien.

SONETO

El licenciado Cabra era
un clérigo cerbatana, de
habla hética y paso tardo,
que, mirado de medio aba-
jo, parecía tecedor ó com-
pás.

(EL GRAN TACÓN.)

«Aliento baladi, rumbo pequeño,
juicio con madurez, aunque taimado,
calma aparente de varón honrado,
seráfica vision, modesto ceño.»

Tal, en rasgo veloz, es el diseño
de ese prócer falaz y abigarrado,
mortal melindre del ajeno estado,
conciencia holgada para el propio empeño.

En su alta posición, es gran desgracia
que por enfermedad el daño ejerza
con tanta impavidez como eficacia:

y tal su acha que la verdad refuerza,
que, enemigo siniestro de la gracia,
si alguna dispensó, lo hizo á la fuerza.

J. GUILLEN BUZARÁN.

Madrid 3 Octubre 1886.

EL DRAMA MODERNO

(IMPRESIONES)

(Conclusión.)

No caeré en la tentación de definir la belleza, soñado intento no conseguido jamás definitivamente. Existiendo donde quiera, apareciendo en las cosas ó despertando en nosotros, se impone por su propia virtud y se siente bien, pero se explica mal. Entiendo, sin embargo, que para ser reconocida necesita ser vista. Si por esto se argumentara contra la belleza absoluta que no aprecian los sentidos, yo contestaría que es bella la caridad, que es bella la compasión, que el sacrificio es bello, porque mueve las almas con patéticas emociones, y que Dios existe porque la conciencia lo contempla y lo adora.

No será para todos exacta la opinión que sostengo; pero si no lo es, con más razón podré afirmar que la belleza puede considerarse en mínima parte como una cualidad de las cosas, y en parte máxima como un sentimiento, como una aptitud, como un resultado del juicio estético que reside en nosotros y se despierta en la contemplación del objeto.

Ahora bien: la belleza del drama está en la oposición de los caracteres, en las tormentas de las pasiones; y la abnegación y el interés, y la resignación y la ira, y el amor y los celos, y la duda y el fanatismo, serán manantiales inagotables de poesía y belleza, porque el poeta lo purifica todo con el fuego de la inspiración, y domina aquellas luchas desde la altura de su pensamiento, y vence aquellas dificultades de la palabra con la expresión enérgica y sublime.

Por lo mismo, la crítica debe decir á los poetas:— Encarnad estas pasiones en caracteres firmes, en personajes típicos; despertad en su corazón afectos hondos, que por ellos se agiten, que surja con naturalidad y con verosimilitud el conflicto dramático, que verosímil es lo sucedido y lo posible de suceder. No limiteis jamás las proporciones de la catástrofe lógica; no excluyais el mal porque dé á la vista horror y al espíritu repugnancia, que así le condenareis y así, con sólo mostrarle, le hareis maldito. Perseguid el afán generoso, el impulso noble, el propósito levantado; haced lo sublime patético, y lo terrible bello: que donde hay calor humano hay belleza artística, y donde hay belleza artística hay moral irreprochable.

Ofrecido el interés con ejemplos vivos, la crítica

sentirá con el poeta, y será veraz y desapasionada y justa, y el público rebelde será vencido, y las exigencias debidas satisfechas, y la novela dramática interesará conmovedora, y el juicio estético reconocerá aquella belleza, y el poeta y el espectador se confundirán en aquel entusiasmo que brota en el goce de la realidad perfecta bañada por la luz del ideal.

¿Se preguntará cómo se consigue esto?

Si todos lo supieran, serían todos genios. Este es mi secreto, el secreto vuestro, el secreto de todos y la ignorancia general y supina de todas las escuelas. ¿Quién sabe dónde Haydn descubrió el cuarteto? ¿Quién enseñó á Rembrandt los secretos de la luz y de las sombras? ¿Ni por qué Goethe, que no creía en nada, creyó en el arte?

Alrededor del genio se han agrupado los discípulos y los admiradores, y algunos lograron alcanzar la perfección relativa... ¡Relativa, condicionada, aceptable! ¡Estamos fuera de los cielos del arte, fuera del resplandor de la belleza!

Dejad á los soñadores y á los clásicos que luchen y disputen, á los realistas y á los idealistas que se miren mal y se traten peor; dejad á los oradores de la forma y á los mantenedores de la tesis que peoren y controvertan; á la moral del Caecismo y á la moral de los deberes perfectos que batallen y se persigan. Pedid al artista la conjunción feliz de lo real en lo ideal, y en este punto de vaguedad, de misterio, de inspiración, encontrareis la belleza que Schelling sentía, y os sentireis mejorados y vueltos á un mundo de plácidas y amorosas contemplaciones.

La belleza y el arte influyen así sobre el corazón humano. No busqueis en el drama obra bella, ni otra influencia sobre el espectador, ni otro fin trascendental fuera del arte, porque no lo encontrareis.

Recuerdo tres obras dramáticas de nuestra literatura contemporánea hechas y representadas con fines de propaganda política. Una era algo así como loa, himno y canción para celebrar el éxito de un cambio radical en las instituciones del país; otra era como sátira y filípica contra el periodismo político y contra ciertas costumbres casi privadas de nuestras propagandas y nuestras luchas por las ideas; y otra fué una comedia de profunda intención y habilísimo corte, lanzada al teatro para descrédito y condenación de los que viven la vida de los partidos y á la política consagran todos sus afanes y de la política esperan la gloria y el pan.

Tristes producciones, flores de un día sin perfume y sin frescura, sin encanto y sin belleza. Allí estaban el ministro y el periodista, el general vencedor y el patriota exaltado; allí la niña delicada esperando á que su novio lo nombraran gobernador para casarse con él; allí la apadrinada del personaje enseñando los secretos de la intriga para hacer almoneda con los destinos, el diplomático que no servía para nada, el legista que servía para todo, el poeta que con la libertad de las formas proclamaba la libertad de las credenciales, y una señora doña Circunstancias, mal traída y mal tratada por las obligaciones de su nombre, y un Sr. D. Justo Moral, que era el país apedreado á consonantes y enfermo de anemia por los empréstitos y las contribuciones.

El cuadro era sombrío y pesimista, y no surgía del mal pintado la esperanza de un bien, ni la compasión que excita el dolor, ni el deseo de remediar aquellas desdichas. Ni siquiera producía impulsos de reprobación, porque había á li cierta ficción sutil que con candor superficial parecía deleitarse por ignorancia en lo mismo que respondía al fin calculado y á la intención reflexiva.

Por eso digo que faltaba á la realidad que iba á mostrarse, la limpieza del cuadro, la inspiración del poeta que había de levantar el asunto, la belleza artística, en una palabra. Y por eso aquellas producciones acabaron sin trascender á la sociedad ni al arte, sin influir en la literatura ni en el mundo, y yacen perdidas, porque la indiferencia las vió sin interés, y las condenó á la muerte eterna, que es la muerte del olvido.

La influencia del drama en las costumbres no circula ni se ve más que por un camino, por el camino que el arte influye en la vida, y esta influencia es mutua y reciproca.

El drama no sería hoy tal drama si no viviera más que de vaguedades y simbolismos, de misterios y de fábulas, de plásticas representaciones ó de conceptos retóricos, si no viviera de la sensibilidad y de la fantasía; y así no puede tener ni tiene más influencia sobre la sociedad de donde toma los asuntos que aquella que puede resultar devolviendo la realidad perfecta á la contemplación del mundo, para que en ella se mire y se impresione, y se consuele ó se maldiga.

¿Indicará esto un progreso? ¿Mejorará las costumbres públicas? ¿Resolverá la cuestión social, la crisis política y el problema religioso? ¿Arreglará la familia ó convertirá la Deuda? No; ni es preciso que el arte haga esto, ni es conveniente, ni puede hacerlo, ni lo hará jamás.

El drama, el cuadro y la sinfonía son espectáculos bellos que atraen y que interesan, como la contemplación del sol; el regocijo de una acción noble y los convencimientos de un espíritu creyente ofrecen el ejemplo de lo que es bueno, grande y sublime.

El hombre es materia frágil, fragilísima; es tierra que se desmorona, es polvo que se disuelve; y así como el árbol extiende y dilata y hace más grande el nombre que escribió en su corteza la virgen amorosa, así la duda que bebe el pensamiento en las primeras gotas del manantial de la vida crece, se extiende y se dilata, y hace más grande nuestra desdicha y más intensos nuestros dolores.

El arte es el culto de la belleza; la belleza es una religión; y, ó las religiones son un consuelo divino, ó son una ficción estéril y baldía. Y en esta contemplación de lo bello, sin manchas y sin impurezas, brotará la esperanza, amanecerá la luz, y el hombre, sumido en la incertidumbre y en la amargura, volverá á soñar con la esperanza virgen de sus primeras ilusiones.

¿Qué fines y qué destino los del artista! ¡Realizándolos con la inspiración de su alma, habrá cumplido su deber en la conciencia y su misión en el mundo!

CONRADO SOLSONA.

SIN RODEOS

Adolfito, tres años
Largos hacia
Que estaba en relaciones
Con Rosalía.

Visitaba su casa
De día y noche,
Y aunque de juramentos
Hizo derroche,

La mamá de la chica,
Dada al demonio,
No veía señales
De matrimonio.

Le hablaba de las glorias
Que halla el marido,
Y el novio no se daba
Por aludido.

Tiraba á los solteros
Con bala roja,
Y al momento Adolfito
Doblaba la hoja.

Al consorcio llamaba
Del cielo senda,
Y seguía el amante
Sin soltar prenda.

Ensalzaba á su chica
Continuamente,
Y Adolfo se escapaba
Por la tangente.

Y al citarles á las que iban
 Á ser esposas,
 Se callaba el tunante
 Muy buenas cosas.

Harta ya de indirectas
 Y de floreos,
 Así le habló una noche,
 Sin más rodeos:

- Dígame ustedé, Adolfoito,
 Y usted perdone,
 Al querer á mi niña,
 ¿Qué se propone?

¿Piensa darle la mano,
 Que es lo discreto,
 Ó viene ustedé á mi casa
 Con otro objeto?—

Y Adolfoito, al mirarse
 Puesto en un potro,
 Repuso:—Ustedé lo ha dicho;
 Vengo con otro.

CÁRLOS CANO.

MEMORIAS DE UNA LAMPARA DE PETROLEO

He pasado los mejores años de existencia en la mezquina biblioteca del bachiller Silvestre. Una alcayata de tornillo, adherida al techo de la habitación, sostenía mi depósito de porcelana, mi tubo de transparente cristal y mi gran pantalla de porcelana verde por medio de tres cadenas de metal do-
 rado.

Yo vivía tranquila y feliz suspendida sobre la mesa de estudio de la biblioteca, y alumbraba, durante algunas horas de la noche, á la personilla del bachiller, á la estantería de roble y á una multitud de libros de todos tamaños, limpios de polvo y telarañas, que eran el pan nuestro de cada día de la inteligencia asombrosa de mi propietario. Era éste un joven raquítico y enfermizo que había sentado plaza de sabio y de crítico mordaz é intencionado, sin pedirle permiso á nadie. Vivía consagrado á buscar jorobas literarias en las obras ajenas, olvidando la suya, que era grande, pronunciada y de carne y hueso; por lo cual, y por llevarla á la espalda, era vista de todo el mundo. El bachiller Silvestre, era bilioso y mal intencionado; tenía afición á morder y á escupir veneno; mordiéndolo y escupiendo se creía grande y sobrenatural, con lo cual queda dicho que esas dos cualidades de fiera y de reptil constituían su mayor encanto. No tenía amigos, ni esposa, ni mujer amada; la vieja que le servía era el único sér que profesaba algún cariño á aquella perla de la crítica contemporánea: lo cuidaba bien, entendía sus apetitos, era económica y arreglada, y no sisaba un solo real de la hacienda de su amo.

El bachiller era un hombre estudioso á su manera; creíase un émulo del inimitable Figaro, y algunas veces soñaba con la gloria; mas como el camino que había escogido para llegar al cielo era tan agreste y tan lleno de escollos, el pobre crítico caminaba á cortas jornadas, y esto haciendo inauditos esfuerzos; y como era por añadidura míope de inteligencia, solía equivocarse la ruta y desandaba lo andado, de manera que cuando creía tocar el límite, se encontraba en el mismo sitio de partida; por lo cual, y con sobrada razón, se daba á todos los diablos.

El bachiller Silvestre se pasaba en su biblioteca algunas horas del día y una buena parte de la noche leyendo ó escribiendo, según lo exigían las circunstancias. Era su mayor encanto un libro acabado de salir de la imprenta ó un drama ó comedia estrenado con éxito en algún teatro de la villa. El semblante de mi amo se animaba de tal modo con el solo anuncio de uno cualquiera de estos dos acontecimientos, que yo leía en su rostro, como en un cartel, la feliz noticia.

Mi amo leía las obras nuevas una sola vez, no por saborear bellezas que él era incapaz de sentir, ni por identificarse con el pensamiento del autor ó inda-

gar los giros de su fantasía, buscando en ellos una enseñanza ó un deleite; nada de eso: mi amo buscaba al leer otra cosa que siempre encontraba en su modo de apreciar, más que en el libro: grandes defectos, faltas gramaticales, errores de imprenta, una fecha equivocada, un índice incompleto, algo, en fin, vulnerable á su crítica, algo en donde poder morder y depositar el veneno que destilaba su acerada pluma.

Si la obra era buena, bullía y se agitaba en su sillón, poseído de la envidia y atormentado por el despecho, se mordía las uñas y daba grandes puñadas en el inofensivo tablero de la mesa. Si la obra era mediana, tomaba una actitud más pasiva, anotaba los párrafos más vulnerables, las frases ménos expresivas, las ideas peor combinadas y todo aquello que creía endeble ó defectuoso. Si la obra era mala, se entregaba á un regocijo desmedido, se frotaba las manos, daba grandes carcajadas, gesticulaba como un loco y emborrataba cuartillas con un afán digno de mejor causa.

Yo, que alumbraba con mi hermosa luz su carilla pálida y enfermiza, veía con asombro los ridículos ademanes del bachiller de la joroba; y algunas veces me fueron tan repulsivos, que concebí la idea de inflamar la masa de petróleo que guardaba en mi depósito y abrasar con mis llamas las producciones, las cuartillas, la biblioteca y aquella figurilla despreciable modelo acabado de la envidia y la impotencia. Yo era una lámpara honrada y hasta culta, y no podía alumbrar con paciencia en tanto que el bachiller escribía sus artículos críticos. Me pregunté á mi misma más de una vez si estaría ligada á los crímenes literarios de mi amo por una especie de complicidad involuntaria. Era innegable que yo favorecía con mi luz los propósitos de aquel hombre, é innegable, por consiguiente, mi parte de culpa.

Estas reflexiones íntimas me ocasionaban muy malos ratos y operaban una verdadera revolución en todas las partes de mi cuerpo y en los invisibles átomos de mi alma de aceite de petróleo refinado. Empañaba entonces con oscuros vapores mi tubo de cristal y achicaba mi lengua de luz cuanto me era posible. Otras veces empleaba un procedimiento opuesto y de fácil realización: consistía en chupar con fuerza la masa de petróleo y consumirla en algunos segundos.

¡Ah, misera de mí! El condenado bachiller no entendía ó no quería entender las protestas de una lámpara honrada y se entregaba de lleno á sus aficiones críticas, sin ocuparse poco ni mucho de lo que yo pudiera pensar ó sentir.

Un día ¡triste día! empezó á escribir mi aborrecido dueño un libro ó folleto que él titulaba *Novelistas españoles*, en el cual ponía como ropa de *dómina* á determinadas personas que yo creía dignas de respeto y veneración. Según él, Pérez Galdós era un aprendiz de literato, Valera un atildado de tres al cuarto, Pereda un carliston sin pizca de talento, y la adorable Pardo Bazan una bachillera engreída y pretenciosa.

Una noble indignación conmovió toda la máquina de mi cuerpo; sentí un estremecimiento nervioso, luego un calor intenso, y estallé.

Mis fragmentos de porcelana y cristal se clavaron en el rostro del bachiller, y el petróleo inflamado cegó sus ojos y abrasó sus carnes.

Estoy tan satisfecha de mi acción, que rio contemplando mis formas destruidas y mi sangre transformada en vapor.

He prestado un señalado servicio á la literatura de mi patria, y muero dichosa.

Por la copia,

L. NAVARRO REZA.

RIMAS

I

¿Visteis la tempestad? ¿Visteis el rayo
 cruzar veloz por la preñada nube?
 ¡Así por el cerebro va la idea
 que á los espacios infinitos sube!

II

Más que dejar el mundo, me dá pena
 dejarte sola;
 si al ménos, siendo pobre, fueses fea...
 ¡pero eres tan hermosa!

III

Lo he pensado mil veces; pero nunca
 explicarme he podido
 cuáles son esos lazos misteriosos
 que unen con la materia nuestro espíritu.

IV

Como flotan las penas en el alma,
 así flotan las nubes en el cielo;
 unas cubren de nieve la campiña,
 otras llenan de canas el cabello.

JOSÉ DIAZ MACÍAS.

BIBLIOGRAFÍA

Noris, por Julio Claretie.

Esta novela, publicada por la empresa del *Cosmos Editorial*, es indudablemente una de las más bellas que ha producido la elegante é inspirada pluma de Julio Claretie.

Noris, la protagonista, es un carácter interesantísimo, y está perfectamente pensado y sostenido. Mujer de nobles ideas, de rectas miras y de corazón sencillo y puro, se abrasa en la llama del amor mentido admirablemente por un Lovelace, y sucumbe. Pero entonces puede decirse que empieza á desarrollarse la verdadera acción del drama. Noris, ya mujer de mundo, apresta su venganza; el seductor llega á rendirse á sus plantas demandando perdón á trueque de su mano, y sufre el desprecio de la que sedujo, que lo desdeña para esposo, por considerarlo indigno de tal honor.

La confesion de Claudio, por Emilio Zola,
 traduccion de D. Angel de Luque.

Después de Noris, la incansable empresa del *Cosmos* ha publicado la novela de Zola, *La confesion de Claudio*, traducida con todo esmero y correccion por el distinguido escritor Angel de Luque.

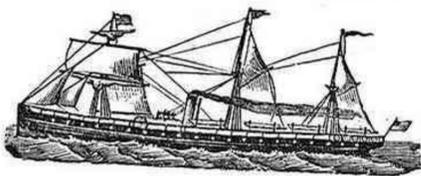
La confesion de Claudio no desmerece de las demás obras de Zola; pero es, como todas ellas, muy naturalista. Un corazón henchido de ilusiones, lleno de esperanzas, ve unas y otras marchitarse al cruel contacto de la realidad y desprenderse sacas una á una, dejando heridas el alma y la existencia. Hay allí la manifestación de un temperamento extraño, que siente las necesidades de lo real y las ilusiones de lo ideal. Todo el libro, como dice Zola en la dedicatoria, está en la lucha entre el ideal y la realidad, en el choque de tan opuestas ideas y principios.

La señorita de Tremór, por Jorge
 de Peyrebrune.

En el mes de Mayo último fué presentada á la buena sociedad de Madrid por la princesa Rattazzi, una distinguida escritora francesa que firma sus obras con el seudónimo de *Jorge de Peyrebrune*. Tantos elogios se hicieron de sus producciones, que verdaderamente había viva curiosidad de conocerlas. La *Biblioteca Selecta de Novelas* acaba de publicar *La señorita de Tremór*, una de las más interesantes y preciosas novelas de la aristocrática escritora. No es posible encarnar el orgullo en una figura más bella que la de la protagonista de este libro, ni castigar de un modo más terrible la vanidad. Las animadas páginas de esta obra, de un realismo que atrae, como atraen los peligros, no se leen, se devoran. Acción, situaciones, estilo, todo concurre á justificar la reputación de que goza la ilustre amiga de la princesa Rattazzi.

ANUNCIOS

Servicios de la Compañía



Trasatlántica de Barcelona.

VAPORES-CORREOS A PUERTO-RICO Y HABANA

Con escalas y extension á Las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico

Salidas trimensuales: de Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes, para Las Palmas, Puerto-Rico y Habana.

Santander, el 20, y Coruña, el 21, para Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30, para Puerto-Rico, con extension á Magüitez y Ponce, y para Habana, con extension á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y Puertos del Pacífico, hácia Norte y Sur del Istmo.

VIAJES DEL MES DE OCTUBRE

El 10, de Cádiz, el vapor **Reina Mercedes**; el 20, de Santander, el vapor **Ciudad de Santander**; y el 30, de Cádiz, el vapor **Antonio Lopez**.

VAPORES-CORREOS A MANILA

Con escalas en Port-Said, Aden y Singapoore, y servicio á Iloilo y Cebú.

Salidas mensuales: de Liverpool, el 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor **San Ignacio de Loyola** saldrá de Barcelona el 1.º de Noviembre de 1886.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes, en **Barcelona**, la *Compañía Trasatlántica*, y Sres. Ripoll y C.ª, plaza Palacio.—**Cádiz**, Delegacion de la *Compañía Trasatlántica*.—**Madrid**, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.—**Liverpool**, Sres. Larrinaga y C.ª.—**Santander**, Angel B. Perez y C.ª.—**Coruña**, D. E. da Guarda.—**Vigo**, D. R. Carreras Irigorri.—**Cartagena**, Bosch hermanos.—**Valencia**, Dart y C.ª.—**Manila**, Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

LA AMUEBLADORA

Cuantos muebles sean necesarios para amueblar habitaciones, ya sean modestas ó de lujo, se encontrarán en esta casa, sillas mecedoras de Viena y de nuestra fábrica, á precios módicos. Exportacion á provincias. Catálogos gratis.

CHIFLADURAS

SOBRE LA NAVEGACION AEREA

POR D. J. F. MARIN

Este original folleto se vende al precio de dos pesetas en las principales librerías, y para los suscritores de LA ILUSTRACION NACIONAL al de una peseta, en la Administracion del periódico, Almirante, 2 quintuplicado, bajo.

DEPÓSITO DE MUEBLES

4, Isabel la Católica, 4.

Inmenso surtido á precios módicos; mecedoras, sillas de Viena y de nuestra fábrica: hay una existencia de 4.000, desde veinte reales. Facilidades para el pago. Exportacion á provincias. Catálogos gratis.

DICCIONARIO BIOGRAFICO

Geográfico, estadístico y de la lengua española, por Enrique Jaramillo y Requena, en colaboracion de reputados y distinguidos escritores.

Esta notable obra, en la cual se comprenden las biografías de los hombres que se distinguen ó se han distinguido en cualquiera de los ramos del humano saber, la Geografía universal, la Estadística de la mayor parte del mundo, y el diccionario de la lengua española, ajustado á la última innovacion hecha por la Academia, está publicándose en cuadernos de ocho grandes páginas, en folio, que contienen abundantísima lectura.

El precio de cada uno es el de 25 céntimos de peseta en Madrid, 30 en provincias y 35 en Ultramar y Extranjero.

Se suscribe en Madrid, en la Administracion del periódico *El Crédito Público*, Lope de Vega, 16 y 18, bajo derecha.

COMPANIA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES. GRAN MEDALLA DE ORO

Y LA CRUZ DE LA LEGION DE HONOR PARA SU DIRECTOR

En la Exposicion de Paris de 1888.

CHOCOLATES SUPERIORES

ACREDITADOS CAFÉS

BOMBONES DE CREMA Y PRALINÉ

Depósito general: MAYOR, 18 y 20.—Sucursal, MONTERA, 8, Madrid.

GRAN BAZAR

ROPAS HECHAS DE MILITAR

Único en España.

Tambien se confeccionan á medida toda clase de prendas en veinticuatro horas.—Equipos completos para las Academias, se remiten á provincias.

MORENO

Carrera de San Francisco, 11, Madrid.

POLVOS VEGETALES

CURA RADICAL EN 6 DOSIS

DE TODA CLASE DE

FIEBRES INTERMITENTES

Y PALÚDICAS

aunque inveteradas y rebeldes á la accion de la quina y á los compuestos febrifugos usuales,

certificada por experimentos hechos por el ilustre Sr. Profesor B. ROBERT, Presidente de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, A. MORIGGIA, A. RIVA, A. J. MODERNO, Catedráticos de las Reales Universidades de Barcelona, Roma, Perugia, Edimburgo, y en los Hospitales de Milan, Nápoles, Pavia, Brescia, Sassari, Varese, Adria, etc., y por Médicos del Comité de Sanidad Militar en Roma, y otras celebridades médicas.

Dirigiéndose á JOSE GUGLIELMI, en Barcelona, enviará GRATIS el Opúsculo con los certificados expresados, que van tambien en cada cajita de 6 dosis.

Se vende en todas las principales farmacias.

Guglielmi.

GRAN COMERCIO

DE

SASTRERIA

DE

ANDRES SOLERO CRESPO

Especialidad en togas, uniformes militares y civiles; condecoraciones de todas clases; todo lo perteneciente al profesorado y magistratura, como son birretes, vuelillos y mucetas.

MADRID

4, PRECIADOS, 4

A PAGAR EN UN AÑO

Muebles, desde el más modesto hasta el de más lujo, 15 por 100 de rebaja al contado.—Catálogos gratis.

ISABEL LA CATÓLICA, 4

A. Romero A.

Capellanes, 10.

Gran almacén de música, pianos, órganos y demas instrumentos de salon. Salon de conciertos. Obras musicales en todos los ramos del arte.

Pianos de las más renombradas fábricas de Europa. Unico depósito en España de los célebres *Steinweg*, inmejorables por su sonoridad y resistencia.

Se remite gratis el catálogo ilustrado.

MADRID

TINTURA SIN IGUAL

DEL Dr. BERNET DE BAYONA

Es la mejor tintura progresiva que se conoce. Considérese ilegítima toda la que no lleve en la caja exterior y prospecto la siguiente direccion: Depósito único por mayor y menor en España:

PERFUMERÍA FRERA

1, Cármen, 1, Madrid.

HORA FIJA

Por 2,50 pesetas semanales relojes de todas clases. Se hacen composuras garantizadas.

Gran relojería de J. G. Herreros.

43, CONCEPCION JERÓNIMA, 43 MADRID

SOBRECUBIERTA

Digan lo que quieran los pesimistas, no es'amos mal. Hay carreras.

Es decir, hubo carreras.

Claro es que no aludo á las facultativas, porque para nada sirven, y ya nadie hace aprecio de ellas.

Me refiero á las carreras de caballos ó para caballos.

Es espectáculo que me agrada, por lo que decia un crítico de una obra dramática: porque nada tienen de particular.

Será falta de inteligencia esta desconsideracion del espectáculo; pero no le comprendo, ni ménos me seduce.

Ver cómo galopan algunos jacos, bien sean mestizos, es decir, cruzados ó de pura sangre con gotas: que uno adelanta á los demás en el viaje; que cae otro con jockey y todo.

Y que varios espectadores apuntan ó apuestan al caballo de oros contra el de copas.

— Soy *Wellington*, dice en joven *imbarbi*.

— Soy *Frasuelo*, replica otro caballero.

— ¿Cuánto?

Por lo ménos apuestan cinco pesetas, y por lo más veinte reales.

Estas son las apuestas particulares.

En las oficiales, por decirlo así, se cruza más dinero.

Un amigo ha llegado á ganar hasta seis duros en una tarde.

Estas noticias, divulgadas, excitarán la envidia de los ingleses y de los franceses, que nunca aventuran tanto dinero.

Son países más pobres, según aseguran los patriotas encarnizados.

Luégo, que ellos no tienen cuerdas.

Aquí sí que tenemos por lo ménos ocho ó diez, que

son las que dan caballos de carrera, en Jerez, en Sevilla, en Barcelona, en Madrid y en las afueras.

Nos ocurre lo mismo que al personaje de *La cola del diablo*: todo queremos hacerlo con un duro; también es verdad que como no tenemos otro...

La carrera militar fué la más notable del segundo día, sea esto dicho sin ofender á los hombres y los potros paisanos.

Ha coincidido con la organizacion de una carrera extraordinaria: la reorganización de los sargentos.

Después, la corrida histórica: la corrida de toros dividida en cuatro tomos con láminas.

Primero: toro alanceado por Cid Rodriguez (D. José) en traje de la época.

Segundo tomo: toro rejoneado por el rey D. Sebastian y por Felipe II.

Tercero: dos toros lidiados con redecilla por Paco Sanchez (Hillo), y acompañamiento de 1800: vamos, de toreros de principio de este siglo.

Cuarto: seis toros lidiados por Salvador, Cara y Angel, todos jóvenes y sin redecilla.

El espectáculo fué nuevo, y la plaza se llenó de personas ricas, porque las localidades andaban á ojo... de boticario.

Después de esto hubo otra carrera, y luégo nada ha ocurrido, porque las Cortes no han sobrevenido aún.

Sin embargo, la hora se aproxima.

Algunos oradores limpian el polvo á varios discursos que tienen hechos á la medida.

Otros hablan ya solos.

Verdad es que, por estas señas, es muy grande el número de diputados, porque ya hablamos solos la mayoría de los españoles.

¡Ah! Olvidaba lo más importante y lo que tiene más novedad.

Se ha representado *Don Juan Tenorio* en casi todas las plazas, digo, en casi todos los teatros de España.

En Price, ha desaparecido una señorita, y continúa desapareciendo.

Y esto, apenas organizado el cuerpo de seguridad, vigilancia y aseo.

EDUARDO DE PALACIO.

CHARADAS

¡Qué *dos tres* es la *primera*!
exclamé de gozo lleno
la primera vez que á *todo*
me llevó mi pobre abuelo.

—
Uno dos mozo que ves,
hablando con *tercia terciá*,
ha visto la luz en *todo*,
rico pueblo de la Bética.

—
Un *tercia*, que no es *dos prima*,
en *todo* conozco yo,
aún más versado en las leyes
que el legislador Solon.

R. DE M.

—
Solución á las charadas del número anterior:

CORAZON.—MÉRITO.

—
Solución al cuadrado de palabras:

BOTA
OSOS
TORO
ASON

IMP. DE RUBIÑOS, PLAZA DE LA PAJA, 7 BIS.

LA ILUSTRACION NACIONAL

REVISTA DE 16 PAGINAS Y SUPLEMENTOS CON MAGNÍFICOS GRABADOS

Ciencias.—Artes.—Industria.—Literatura.—Música.—Teatros.—Modas.

PRECIOS DE SUSCRICION

Trimestre.....	4 pesetas 50 cénts.
Semestre.....	9 » »
Un año.....	18 » »

Los pedidos pueden dirigirse á la Administracion en Madrid, CALLE DEL ALMIRANTE, 2, QUINTUPLICADO.